

todas las almas piadosas con menoscabo manifiesto de su virtud!

¿Véis lo fácil que es la falsa devoción para arrobarse de gusto, complaciéndose tanto en sí misma?

Que se trate del prójimo; cambio absoluto de decoración. Celosa del interés que despiertan otros, le afligen las gracias que Dios les concede y bajo melosas felicitaciones sabe esconder rastreras envidias. ¿Por qué? «¿Por qué?» se atreve á decir no sólo privada y públicamente, sino hasta al mismo Dios: desciende después á comparaciones, que la sublevan, sino la favorecen, y en vez de excitarse y animarse con los ejemplos del bien que no ejecuta, ve en tales prácticas insultos y deficiencias que la sacan de quicio y la arrastran á denigraciones sistemáticas. Como hemos de insistir sobre esta materia, apresuremónos á dar ligeramente un retoque general al conjunto del boceto.

Orgullosa en sus relaciones con Dios, orgullosa en sus relaciones con el prójimo, pagada de exterioridades que con intemperancia multiplica, ó de sus elevados deseos, créese dotada del don de impecabilidad. La descomponen las más cariñosas amonestaciones, los reproches la sacan de quicio, las injurias la dilaceran su corazón. Su nimia susceptibilidad, sus acres y violentas respuestas, sus rencores son públicos; lo cual no empece pare que esté siempre dispuesta á servir á Dios y á practicar la devoción, perpetuando así un escándalo que nos deshonra á la par que nos compromete.

¿Quién ignora que los favores de Dios son incompatibles con tan monstruosos defectos? ¿Y qué digo incompatibles? Amén de rehusar Dios sus favores á deseos presuntuosos, á complacencias vanas, á mentidas humillaciones, á ridículas jactancias, á los sombríos celos de los falsos devotos, ¿quién sabe si no les prepara en silencio algún golpe terrible? Y aunque no hiera, si retira de la falsa devota sus manos santísimas y la entrega y abandona á sus fuerzas personales, ¡oh! entonces gemirá en la si-

ma de la culpa, donde la habrá precipitado lamentable caída. Que Dios nos preserve de desdicha semejante, y que su saludable gracia nos mantenga siempre asidos á la humildad.

#### ARTÍCULO IV

##### LA VERDADERA DEVOCIÓN ES GENEROSA, LA FALSA EGOÍSTA

En el artículo precedente hemos sentado un principio que nos va á suministrar un nuevo carácter diferencial entre la verdadera y falsa devoción.

El soberano bien, hemos dicho, es difusivo de sí mismo, agrádale comunicarse.—*Summum bonum est sui diffusivum*. Ese bien soberano es Dios, cuya naturaleza infinita entraña todas las perfecciones concebibles sin limitación, sin fondo, sin orillas. Eterna y excelsamente perfecto, Dios se contempla á sí propio, y al contemplarse brota en Él soberano deleite, fuente inagotable de su felicidad. Sin causar á nadie injuria, pudiera á voluntad retener en su esencia los infinitos seres posibles que en mero estado ideal ha visto, y si los *realiza* no por eso crece en su ser, ni multiplica su vitalidad, ni añade lo más mínimo á su bienandanza. Con todo, Dios es creador. Le gusta difundir, distribuir y dispensan gratuitas comunicaciones. El bien que anida en su seno es inmenso. Este océano del ser de la vida, de perfección, ocúpase en transmitir incesantemente ser, vida y perfecciones por esos sinnúmeros canales cuya trama y cruzamiento originan y constituyen el mundo: al modo que nuestros océanos incesantemente alimentan las fuentes, los torrentes, los lagos y los ríos y hasta los arroyuelos que surcan la superficie del globo. Si el océano detuviese en sus insondables arcanos las ondas que en él se agitan y entremezclan en perpetuo movimiento, suspenderíase el curso de las linfas vivificadoras

de la tierra, languidecerían los valles, despojados de sus galas, y la muerte respondería como un eco fatídico á la egoísta inmovilidad de los abismos. Mas, constantemente solicitados por los ardientes rayos del sol, los mares se dejan arrancar en tenues vapores sus generosas olas, que arrastradas por vientos propicios se convierten en flotantes lagos y se adueñan de las altas regiones atmosféricas, hasta que la seca tierra las llama, caen entonces sobre las áridas campiñas, las abrevan, penetran á través de su superficie, y buscando naturales pendientes retornan á los mares de donde salieron.

Así acaece en Dios, océano del soberano bien. Si en sí mismo se reconcentrara, todos los seres desfallecidos retornarían á la nada; mas constantemente solicitado por los ardorosos rayos de su amor, difunde por doquier el bien que encierra. Toda la creación se abreva de él, y á él vuelve por las sendas que guían hacia su perfección infinita. *Summum bonum est sui diffusivum.* ¡Cuán verdadero es este principio! ¡Abrid los ojos! En todas partes hallaréis sus mil y mil aplicaciones. Dios principio de toda bondad, lo es también de la devoción y de las gracias á ella anejas. Pero no sólo es principio, sino además tipo en virtud de su inclinación á difundirse. De modo que, en toda perfección comunicada se advierte esa misma tendencia á la difusión, como sello ó distintivo de origen al cual acompañan, ó del cual brotan en toda naturaleza creada hábitos de generosidad. ¡Cuánto más tendrá esto lugar en almas santificadas por la gracia y ansiosas de abrazarse con Él!

Por lo tanto la devoción verdadera debe la formación de sus hábitos de generosidad al movimiento inicial que Dios la imprime y al movimiento típico de modelación y adaptación á las comunicaciones divinas. Por eso es generosa; y he aquí uno de sus principales rasgos y que reclama de un modo especialísimo nuestra atención.

Dándose Dios á ella, el alma devota se siente como espoléada para darse recíprocamente á Dios: primer movi-

miento; y no ya con actos especificados y preparados de antemano sino incondicionalmente, sin reserva, toda entera. Ofrece lo mejor que en ella existe, y no precisamente de palabra; no se contenta con decir. «Señor, vuestra soy, Señor, tomadme»; de hecho se ofrece por un perpetuo sacrificio de sí misma, por una mortificación nunca interrumpida de toda investigación ó satisfacción donde no encontrase á Dios; y ofrece su imaginación, su corazón y sus sentidos y potencias.

Cuantos fantasmas importunos perturban ó interrumpen el recuerdo de su amado, cuantas voladoras imágenes y especies seductoras que soliviantan el apetito pasan y repasan por el sitio misterioso donde los deseos se localizan, fábrica delicada del discurso imaginario, procura, en primer término, prevenir las vigilantemente, alejarlas después con santas ocupaciones ó sustituirlas con representaciones pías de los misterios en que toma parte el dueño á quien se desvive por pertenecer íntegramente. Inmola todos los afectos enmohecidos del corazón, cuyo cortejo obligado son casi siempre envidias, sorpresas, decepciones, tristezas y descorazonamientos: rompe todos los secretos lazos, verdaderas trabas que impiden á nuestro amor volar desembarazadamente al amor por esencia, y no se harta de exclamar con San Francisco de Sales. «Si advirtiere en mi corazón el más tenue hilo que no fuese de Dios, por Dios y para Dios, al momento le arrancaría». No ama, pues, nada ni á nadie sino en Aquel á quien se debe amar sobre todas las cosas.

Cierra á mayor abundamiento las fatales puertas por donde el pecado entra en el alma con el fin de desalojar del puesto á Dios; de ahí su discreción en las salidas, su modestia en el mirar, su circunspección en el conversar, su antipatía por esos placeres, gratos en extremo á la naturaleza, y por los cuales se desvive la sensualidad; y corona el incondicional sacrificio de su personalidad, imponiéndose privaciones de supererogación, sólo necesarias

ante el desbordamiento del apetito; absteniéndose de lo permitido y sustrayéndose algo de lo necesario. Persuadida de que cualquier progreso en la vida espiritual pende de la violencia que en todo se haga, según palabras de la *Imitación* (1) no se concede más de lo indispensable; y más que á sí propia, á quien se concede en realidad es á Dios, en cuyas manos totalmente se ha puesto. La medida de su generosidad es el crucifijo á quien adora y cubre de dulces ósculos. En él ve á su Dios inmolado y querría ser á su vez inmolada. En su hambre y sed de penitencia y mortificación concibe fácilmente las heroicas crueldades de los santos que, para expiación del pecado y salud del mundo, han mezclado su sangre con la derramada sangre del Redentor. Excitada y sostenida por la gracia se condena á esos voluntarios suplicios que el mundo no comprende porque la vida sensual, en que se hastía, le cierra los ojos para entender el misterio de la Cruz. Finalmente, recorre á imitación de Jesús que padeció hasta la muerte, un calvario donde á sí propia se sacrifica en holocausto incesante.

Tal es la generosidad de la verdadera devoción en sus relaciones con Dios. Por miedo á buscarse en algo, rehusa todo; juzgándole acreedor á cualquier sacrificio ninguno le escatima; devuelve á Dios todo el bien recibido, respondiendo al movimiento comunicativo del Bien supremo; y establece entre ella y Dios como un cambio de vida. Muere al mundo y vive escondida en Dios (2). Bien puede apropiarse estas palabras de San Pablo «Vivo yo, mas ya no yo, sino que vive Cristo en mí» (3).

Pero no vayan á figurarse que la generosidad del alma devota se limita y circunscribe al movimiento de entrega absoluta á Dios. El alma verdaderamente devota adopta

(1) *Tantum proficies, quantum ipsi tibi vim intuleris.*—*Imit.* Lib. I, cap. XXV.

(2) *Mortui estis et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.*—*Epist. ad Coloss.*, cap. III, v. 30.—(3) *Vivo ego, jam non ego; vivit vero in me Christus.*—*Epist. ad Galat.*, cap. III, v. 30.

en sus relaciones con el prójimo los hábitos de su regio poseedor. A imitación de Él, gusta de comunicarse: desea hacer á los demás partícipes de los dones que la enriquecen, y no por vanidad, no por individual gloria, como ya hemos hecho notar, sino que al rendir á Dios humildes acciones de gracias, recaba de la excelsa bondad general efusión de bienes. Segundo movimiento. Con desinteresada abnegación, dase á la práctica de las obras de misericordia corporales, prodigando tiempo, dinero y delicadeza; y también y principalmente á la de las espirituales, procurando ante todo que descienda la gracia divina sobre las almas. ¡Le agradaría en tanto grado, que todos los hombres fuesen buenos, piadosos y santos! Si le fuera dado inocularles los sentimientos que la animan, tomarles en brazos de su amor y ofrecerles á Dios en universal sacrificio ¡qué felicidad! Oídla: ¡qué palabras se escapan de sus labios, cuando quiere conmover el corazón! Penetrad en su vida íntima; ¡cómo multiplica preces con el fin de obtener gracias! ¡Cómo le apena la infidelidad é ingratitud de los pecadores! ¡Cómo la inquietan las imperfecciones de las almas justas! ¡Qué clamores encierran sus gemidos, lágrimas y dolorosos suspiros! Socorred, Señor, las almas, perfeccionadlas, salvadlas! No hay duda es un apóstol, y la Iglesia le es deudora de más gracias que á los que se dedican á mover corazones con la predicación, y dirigir almas con sabios consejos.

Unida á la vida de todos por la influencia de su generosa caridad, parece alejarse de todos por la absoluta pureza y total eclipsamiento de su vida exterior. Donde quiera que se halle se la ve sacrificándose en aras de la paz, del bienestar, de las comodidades ajenas. Finalmente, esparce el bien en ella existente, por lo mismo que el soberano bien se le ha comunicado. Su vida entera es la aplicación del principio de Dios como arquetipo de toda perfección. *Summum bonum est sui diffusivum*, «El bien supremo se complace en difundirse.»

Del mismo principio parte la pseudo-devoción; pero lo aplica de diverso modo, como vamos á ver. Su distintivo es el egoísmo. Puesto que Dios nos da, ¿á qué apurarse? La cuestión es sencillamente recibir. O más bien la falsa devoción cree darse bastante en los actos exteriores que ejecuta, y de los cuales ha hecho una parte determinada. Sus plegarias, lecturas, genuflexiones, visitas á la Iglesia, confesiones y comuniones, he ahí la parte de Dios, con tal de mostrarse en ellas exteriormente fiel. Le parecerá ser de sobra generosa, soltando palabras á borbotones y sentimientos tumultuosos, en los cuales diríase que dejaba escapar su vida entera; no constándonos que en realidad la guarda íntegra para sí.

La falsa devoción está llena de pasiones, no de pasiones vergonzosas que deshonran y envilecen, de esas pasiones que sólo hallan cabida en seres de todo en todo olvidados de Dios; sino de pasioncillas protegidas por el amor propio y las cuales fantasea poder satisfacer con tanta mayor seguridad, cuanto que las ha puesto bajo la salvaguardia de sus ejercicios religiosos, y que han recibido una especie de unción santa por los externos hábitos de una piedad aparente, superficial, epidérmica.

El yo vive todo entero en las entrañas de la falsa devoción y la existencia de él se revela por un horror instintivo á la mortificación. Entendámonos: aludo á la verdadera mortificación, tal cual la hemos descrito, porque la falsa devota se entrega voluntariamente á ciertos actos extraordinarios de penitencia, que la seducen y hasta llega á abusar de ellos. Ayunos, cilicios, disciplinas, cosas de suyo buenas tomadas con humildad y para representar las inmolaciones de Jesús en su adorable carne, la falsa devota las desea con ardor y las pide con insistencia. Su valor y generosidad deslumbran: pero desgraciada de ella si no topa con un director sagaz, que sepa discernir el fondo de tales disposiciones.

Cabalmente es donde anidan las mezquindades de su

egoísmo. Ahí encuentra pábulo de inmortificación. En la imaginación ensueños peligrosos y malsanos, cuya trama apenas se interrumpe al tratar de relacionarse con Dios y conversar con El. En el corazón vanas complacencias, adulaciones secretas, muelles y desordenadas afecciones que la preocupan, inquietan, absorben, turban, dividen. En los sentidos, delicadezas mil, comodidades sin cuento, vigilancia nula, represión escasa, á menos de verse en peligro de cometer graves faltas, que pretende evadir acogiéndose á caprichosos actos de mortificación y penitencia, desnudos de intenciones puras y elevadas, y que por lo mismo no pasan de ser utópicas apariencias, baldíos sacrificios. En conclusión las falsas devotas carecen de generosidad para con Dios.

Y menos lo son para con el prójimo. Absorbidas en su terrible yo, carecen de tiempo y voluntad que emplear en los demás. Más consultan al aura popular que al bien ajeno en las obras caritativas en que á veces entienden; y sólo dispensan larguezas á cambio de alabanzas y honra propia. Semejantes al avaro que recuenta sus amontonados tesoros y sumerge sus febriles manos en el áureo metal que esconde bajo triple llave, recuenta sus preces y obras piadosas, se relame de gusto con ellas, convencida de que son exclusivamente suyas y en su provecho han de ceder. Su egoísmo espiritual va encarnado en la estereotipada frase conocida de todo el mundo: «Ah! cuán difícil es obtener la salvación! ¡Bastante tengo con pensar en mí misma!» Y efectivamente nunca se olvida de sí propia. Y aunque á veces manifiesta alguna solicitud por el prójimo, nunca se pierde de vista á ella, se busca, y á ella se encontrará al fin de las oraciones que reitere, de las misas que oiga, de las comuniones que reciba para salvación de los demás. En el bien que para sus semejantes parece sembraba, hará su agosto de vanagloria, y el principio de aquel simulado movimiento generoso no es otro que el yo; sólo á él obedecía.

Cuanto ansiaba la verdadera devoción sustraerse á la publicidad y sacrificarse, tanto la falsa anhela exteriorizaciones é imposiciones. Su divisa es monopolio universal. Tiene su horario que hay que respetar, aunque se incomode por ello á diez personas á la vez: su confesor ha de ser únicamente suyo: ¡ay de él! si, por atender á otra alma, olvida que le espera ó ataja su locuacidad ó resta algún minuto de los treinta ó cuarenta y cinco que reclama; se arma una tempestad que en lo que menos puede parar es en verse tratado de hombre insensible á los atractivos de la virtud, de sacerdote nada celoso de la perfección de las almas, de ministro poco imparcial de la justicia y gracia divina. Sus libros, cuenta con tocarlos; su lugar fijo, no se lo toméis ni aun distraídamente, no sabría privarse de ocuparlo, por el orden y compostura, se entiende, del lugar santo: es su sitio, bien situado y muy ventajoso para que allí pueda ver bien *su* Santísimo, y frontero al púlpito, para oír clara y distintamente *su* sermón; no extrañéis, pues, que lo busque con inquietud y lo exija con altanería, *es suyo*.—¡Las pequeñeces y ruindades que podríamos seguir señalando; y que sin embargo huelgan porque de sobra evidenciado queda que la pseudo-devoción es egoísta!

Egoísmo que en torno suyo esparce esterilidad, peor todavía, maleamiento y ponzoña. Encerrándose mezquinamente en los estrechos límites de su vida, quita á sus buenas acciones el mérito del misterioso apostolado por los tibios y pecadores, con que las enriquece la verdadera devoción.

El *yo* del alma pseudo-devota escandaliza á los espíritus débiles hasta el punto de que les hace dudar de la piedad; al paso que la verdadera reanima y fecundiza cuantas almas participan de su bienhechora influencia.

No apartemos la vista de estos dos bocetos sin entrar en nosotros mismos, ni sin decir á Dios desde el fondo de un corazón sincero y conmovido estas bellas palabras de

la *Imitación* «Señor, fuente de amor eterno, cuanto soy, á vos lo debo. Cuanto hago, de vos procede. Y con todo os sirvo menos que Vos á mí. El cielo y la tierra que para el hombre habéis creado, siempre están cumpliendo las leyes que les habéis dado: además vuestros ángeles, los habéis destinado en vuestra paternal providencia á ser ministros de la humanidad; y Vos mismo os habéis hecho esclavo nuestro, y nos habéis prometido á Vos en esencia por galardón. ¿Con qué os podré pagar tanta multitud de bienes? ¿Por qué no os he de servir todos los días de mi vida? Que os sirva al menos un día; un día entero, dedicado exclusivamente á Vos!... ¡Oh mi Dios y Señor, yo así lo quiero, así os lo pido, dignaos suplir cuanto en mí falte para cumplirlo!»

«Gran honra y gloria es serviros y despreciarlo todo por Vos. Gracias extraordinarias, suaves consolaciones del Espíritu Santo, libertad omnimoda del corazón son la recompensa de los que por Vos han renunciado á todo placer sensual y dado de mano á toda mundana solicitud para entrar por la vía angosta. ¡Oh gloriosa y dulce servidumbre de Dios! ¡Oh servidumbre digna de ser abrazada y anhelada siempre!... (1)

#### ARTÍCULO V

LA VERDADERA DEVOCIÓN ES BENÉVOLA Y HUMANITARIA,  
LA FALSA MALÉVOLA É INHUMANA

Seguiremos analizando el corazón de las almas verdaderas y falsas devotas: éstas son malévolas é inhumanas, aquéllas benévolas y humanitarias.

La benevolencia, etimológicamente considerada, es una inclinación del corazón á querer el bien ajeno, y en este sentido podría considerársela como principio de la generosidad que en el artículo anterior hemos descrito. Pero

(1) *Imitación*.—Lib. III, cap. X.